

300 HISTORIAS DE
palabras

CÓMO NACEN Y LLEGAN HASTA
NOSOTROS LAS PALABRAS QUE USAMOS

ESPASA

Dirigido por Juan Gil




ESPASA

300 HISTORIAS DE
palabras

CÓMO NACEN Y LLEGAN HASTA
NOSOTROS LAS PALABRAS QUE USAMOS

ESPASA

Fernando de la Orden

Dirigido por Juan Gil

© Espasa Libros, S. L. U., 2015

© del Prólogo: Juan Gil

Redacción y documentación: Fernando de la Orden Osuna

Documentación gráfica y de los ejemplos: Manuel Durán Blázquez

Diseño de interiores: Lacasta

ISBN: 978-84-670-4617-5

Depósito legal: B. 23.967-2015

Preimpresión y maquetación: Safekat, S. L.

Impresión: Rodesa, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Espasa Libros, S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Índice general

Prólogo	9
Nota editorial	19
300 HISTORIAS DE PALABRAS	21
Bibliografía básica	325
Índice de ilustraciones	327
Autores y textos citados	331

abolengo

El término *abolengo* significa ‘ascendencia’, especialmente cuando esta es ilustre. En principio, su origen podría resultar algo oscuro, pero a partir de este significado es posible imaginarlo: en efecto, *abolengo* procede de la voz *abuelo*, a la que se ha añadido el sufijo *-engo*, que en español expresa pertenencia y se halla también presente en voces como *realengo* o *abadengo*. Es curiosa, por cierto, la etimología de *abuelo*, que —cosas de la lengua— no procede de la forma correspondiente

latina, *avus*, sino del diminutivo del latín vulgar *aviōla* ‘abuelita’.

Rastreando los orígenes de *abolengo*, comprobamos que se empleaba ya en castellano en la primera mitad del siglo XIII, frecuentemente en documentos legales y aplicado a los bienes heredados de los abuelos, y que solo después empezó a utilizarse en el sentido de ‘ascendencia’. Pugnó, además, durante siglos con la forma *abolorio*, que acabaría desapareciendo.

DRAE

Abolengo (aunque por entonces se prefiriera la grafía etimológica, con uve, *avolengo*) se incluye en el *Diccionario de autoridades*, de 1726, con el significado de «ascendencia de abuelos y bisabuelos» y «patrimonio o bienes heredados de los abuelos». En la edición de 1770 se opta ya por la forma actual, con be, y tan tardíamente como 2001 se añade la acepción más usual hoy en día: «ascendencia ilustre».

JUAN DE ARCE DE OTÁROLA

La necesidad, como mal contagioso herédase, pégase e adquiérese, y con gran dificultad se pierde, especialmente cuando viene de patrimonio o **abolengo**, porque estos, con la afición que la tienen [...].

Coloquios de Palatino y Pinciano, c. 1550.

PÍO BAROJA

Al oír los detalles de nuestro preclaro **abolengo**, la amabilidad de la bella señora aumentó.

Las inquietudes de Shanti Andía, 1911.

abuchear

Resulta difícil imaginar que un término tan usual en la lengua española como *abuchear*, ‘expresar enfado o desacuerdo mediante gritos, silbidos y otros ruidos’, no comenzara a utilizarse hasta el siglo xx, pero así son las cosas. Sorprende, además, que tenga su origen en la onomatopeya *uch*, que, repetida, era empleada por los cetreros para llamar a las aves.

En realidad, el proceso de formación de esta voz fue un poco más largo y complejo, ya que *abuchear* proviene de *ahuchear*, y este del verbo *huchear*, que significa ‘llamar a gritos’ y ‘lanzar los perros en la cacería dando voces’. Desde *huchear*, un término con larga tradición en castellano, ya que se emplea desde el siglo xvi, solo queda un paso antes de llegar a la onomatopeya: el que nos conduce a *ihucho!*, grito de caza propio de los cetreros. En la forma actual es claro que influyó *buche*.

SEBASTIÁN DE COVARRUBIAS

Huiar. Vocablo antiguo. Vale **huchear**, que es llamar el halcón.

Suplemento al Tesoro de la lengua castellana o española, c. 1611.

DRAE

La primera inclusión de *abuchear* en el diccionario académico es relativamente reciente, ya que data de 1927. De hecho, en esta edición se remite todavía a *ahuchear*. Ya en la edición de 1936 encontramos una primera definición: «Sisear, reprobar con murmullos y ruidos. Dícese especialmente hablando de un auditorio o una muchedumbre».

BORITA CASAS

De pronto, el grasiento «papi» empezó a **abuchear** al ama Benita, que traía ya el café y una bandeja de dulces de coco.

Antoñita la fantástica y Titeris, 1953.

RODRIGO FERNÁNDEZ CARVAJAL

[...] la cooperación, por ejemplo, se manifestará discontinuamente, cuando, todos a una, los espectadores decidan jalearse los triunfos del equipo propio o quizá **abuchear** al equipo contrario.

La sociedad y el Estado, 1970.

academia

El término *academia* entró en el español del siglo XVI para hacer referencia, en primer lugar, a la escuela filosófica fundada por Platón en torno a 387 a. C. Y con este mismo nombre proliferaban ya por entonces en la Italia renacentista, y comenzaban a extenderse por el resto de Europa, sociedades científicas, literarias y artísticas con patrocinio público.

Pero para acercarse al origen de la palabra hay que remontarse al mito y, más concretamente, al héroe ateniense Academo, quien dirigió los pasos de los gemelos Cástor y Pólux hacia la fortaleza de Afidna cuando estos sembraban la destrucción en el Ática en busca de su hermana, la bellísima

Helena, que había sido raptada por Teseo. A este personaje mítico se atribuía la posesión de una gran finca situada en las cercanías de Atenas, la *Akadémeia*, propiamente ‘el jardín de Academo’, que, en recuerdo de la ayuda ofrecida a los Dioscuros, fue siempre respetada por los espartanos. Allí reunía Platón a sus discípulos, de modo que su escuela de filosofía tomó también este nombre. De él se deriva la voz latina *Academīa*, que daría lugar al término castellano —aunque el desplazamiento del acento se deba, probablemente, a la influencia del *academia* italiano— y tomaría en nuestra lengua los significados que hoy conocemos.

DRAE

La voz aparece ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726 con varios significados: «Lugar de Atenas donde Platón enseñaba la filosofía»; «Estudio general, dicho comúnmente Universidad, donde se enseñan las ciencias y facultades»; «Junta o congreso de personas eruditas que se dedican al estudio de las buenas letras»; «Juntas literarias, o certámenes que ordinariamente se hacen para celebrar alguna acción grande», y «Academias de Pintura, Escultura, de Música y de otras Artes liberales», «donde concurren los profesores de estas facultades, para conferir y adelantar lo que conduce a su mayor perfección y aumento». Con el significado general de «establecimiento en que se instruye a los que han de consagrarse a una carrera o profesión» puede encontrarse en 1884.

AGUSTÍN DE ROJAS VILLANDRANDO

El filósofo Sócrates decía a los de su **academia** estas razones: «Hágoos saber [...] que en los reinos que están bien gobernados [...] jamás para comer viven los hombres, sino para hablar [...]».

El viaje entretenido, 1603.

ARTURO BAREA

Aquí en Córdoba está la **academia** para sargentos. Vendrías aquí, vivirías con nosotros y te convertirías en un oficial en tres años.

La forja de un rebelde, 1951.

acelga

El nombre de esta humilde verdura, tan poco querida en general por los pequeños, proviene del árabe hispánico *assilqa*, derivado del árabe clásico *silqah*, y este a su vez del griego *sikelé*, ‘la siciliana’, ya que en esta isla italiana debió de darse especialmente bien el cultivo de la planta, que procede en realidad de Asia. No resulta extraño, por tanto, que también los romanos, que

llamaban *bēta* a la acelga —de ahí el nombre científico de la especie, *Beta vulgaris*, a la que pertenece también la remolacha—, distinguieran una variedad *sícula* (‘siciliana’). En todo caso, la evolución del término, que puede encontrarse en castellano a mediados del siglo XIII, no deja de ser un magnífico ejemplo de la amalgama de culturas característica del Mediterráneo.

DRAE

El término se registra en el *Diccionario de autoridades* de 1726, el primero de la Real Academia, en el que se define como «legumbre bien conocida». En la misma edición se incluye también la expresión *cara de acelga amarga*, aplicada «al rostro o semblante pálido, flaco, macilento, y verdinegro»; pero, curiosamente, en el ejemplo de uso se prescinde del adjetivo *amarga*, lo que puede considerarse casi premonitorio, porque *cara de acelga* (o de *acelga pocha*) será la expresión que acabe imponiéndose, y así se recoge ya en la edición de 1770.

LOPE DE VEGA

[...] el membrillo duro y bueno para arañas y veneno, y la **acelga** de hojas fea; la salvia, la alcaravea, y hinojo de grano lleno.

La Arcadia, 1598.

MIGUEL DELIBES

El Efrén tiene así, al primer vistazo, jeta de **acelga**, pero tratado no resulta mal rapaz.

Diario de un emigrante, 1958.

aciago

Aunque la voz *aciago*, ‘infeliz, desgraciado’, documentada ya en castellano en el primera mitad del siglo XIII, no resulta demasiado halagüeña, guarda tras de sí una buena historia, ya que proviene del latín medieval *aegyptiācus* [*dies*], ‘[día] infausto’, literalmente ‘[día] egipcíaco’. Y bien, ¿qué tienen de infausto los egipcíacos o egipcios para que los días desgraciados o infelices sean denominados así? Pues parece que fueron sus astrólogos, los egipcios, quienes determinaron la existencia de tales días, dando pábulo a una superchería que se extendió considerablemente en todo Occidente. Durante la Edad Media corrieron versos aconsejando no sangrarse ni emprender una acción en los «días egipcíacos» (por ejemplo, el 1 y el 7 de enero, o el 4 de febrero). La expresión, como la cábala que la sustentaba, tuvo éxito, pero acabó perdiendo su sentido original, del mismo modo que la llegada del Renacimiento permitió arrinconar, aunque no erradicar, la creencia en fechas funestas.

JERÓNIMO ALCALÁ YÁÑEZ Y RIBERA

[...] no sin causa la llaman Sierra Morena. Un martes, **aciago** para mí, llegamos por la tarde a una venta con ánimo de dormir aquella noche [...].

El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos. Primera parte, 1624.

DRAE

La voz *aciago* (aunque se prefiriera entonces la grafía *aziago* al pensarse que provenía de *azar*) se incluye en el *Diccionario de autoridades* de 1726, donde se define así: «Lo mismo que infausto, infeliz, desgraciado, y de mal agüero». En la edición de 1770 (donde ya se opta por la grafía actual) se añadiría una segunda acepción, aunque con marca de anticuada: «Lo mismo que *azar*», en la que *azar* se identifica con *desgracia*.

JUAN BENET

[...] ya sé que no fue un instante y que probablemente nunca sonó aquel **aciago** picaporte, como no sonaron los cascos de los caballos.

Volverás a Región, 1967.

acicate

Aunque existe cierta controversia acerca de su etimología, la palabra *acicate* proviene, como tantas otras del español, del árabe andalusí, y más concretamente parece derivarse de un hipotético *[muzíl/ráfi'] assiqát*, ‘quita flaquezas’. Lo que llama la atención en este caso es que esta voz, que se documenta ya en la segunda mitad del siglo XVI, no tenía por entonces el significado de ‘estímulo, incentivo’. En origen remitía solo a un tipo de espuelas provistas de una punta aguda para picar al caballo. Sin duda buen remedio contra las «flaquezas» de la montura. Y, también, buen incentivo: de aquí a su más extendido significado moderno apenas hay un salto, muy lógico, por otra parte.

MATEO ALEMÁN

[...] animando con alaridos los caballos, que heridos del agudo **acicate** volaban, pareciendo los dueños y ellos un solo cuerpo [...].

Guzmán de Alfarache. Primera parte, 1599.

MIGUEL DE UNAMUNO

[...] y por eso es uno de mis modelos; su gloria es un **acicate** para mi trabajo y es un consuelo de la gloria.

Abel Sánchez. Una historia de pasión, 1917.



DRAE

El *Diccionario de autoridades* de 1726 recoge el término y lo define como «espuela de la jineta, la cual solo tiene una punta para picar al caballo». A finales de siglo, en el suplemento de la edición de 1780, se da cabida por primera vez a la acepción figurada: «Lo mismo que incitativo».

acoquinar

‘Acobardar, amilanar’, tal es el significado de este término coloquial que proviene de la voz francesa *acoquiner*, ‘acostumbrar a un hábito degradante’. Pese a su vigencia, se trata una palabra con larga historia, ya que se documenta en español al menos desde principios del siglo XVII y está ya presente en algunas de nuestras novelas picarescas.

Más complejo es seguirle el rastro al término francés, que se deriva de *coquin*, un sustantivo de origen oscuro

empleado inicialmente con el significado de ‘mendigo, pordiosero, de condición vil’ y que pronto tomó valor despectivo. Puede que proceda del latín *coquus*, ‘cocinero’, por la fama de pícaros que por entonces tenían quienes trabajaban en las cocinas (así desde las comedias de Plauto). En las antípodas, por cierto, de lo que ocurre hoy en día, cuando los grandes chefs compiten en prestigio y popularidad con los ídolos deportivos.

WENCESLAO AYUALS DE IZCO

¡Se figuraría él que te había de **acoquinar** entonando himnos de alabanza a su novia!

La Bruja de Madrid, 1850.

BENITO PÉREZ GALDÓS

Si creerá este fantasmón que nos va a **acoquinar** porque tiene esa fachada... Siéntese usted y no haga visajes [...].

Fortunata y Jacinta, 1885-1887.

DRAE

La voz *acoquinar* se registra ya en el *Diccionario de autoridades* de 1726 con una definición especialmente descriptiva:

«Atemorizar, acobardar, infundir miedo, aterrar a uno de manera que no se atreve a mover ni a respirar».

adefesio

El sustantivo *adefesio* (‘persona o cosa ridícula o de gran fealdad’) tiene, sin duda, uno de los orígenes más sorprendentes del léxico español, ya que proviene del latín *ad Ephesios*, ‘a los efesios’, título de la célebre epístola de san Pablo, por alusión a las penalidades que pasó el santo en Éfeso durante su predicación en Asia Menor a mediados del siglo I, donde estuvo a punto de sufrir martirio a manos del pueblo.

Al menos desde el siglo XVI, se empleó *ad Ephesios* como locución adverbial con verbos de habla (*hablar ad Ephesios*), con el significado de ‘inútilmente, disparatadamente’, haciendo referencia a lo improductivo de la predicación de san Pablo o, según Unamuno, porque a los novios les entran por un oído y les salen por otro las recomendaciones que se dan sobre el matrimonio en el capítulo quinto de esa carta. Pronto, sin embargo, comenzó a utilizarse en este mismo contexto el sustantivo *adefesio* en el sentido de ‘despropósito, disparate, extravagancia’, que hoy ha caído en franca decadencia. Solo tardíamente, en la segunda mitad del siglo XVIII, tomó *adefesio* su significado mayoritario actual, aplicado sobre todo a personas.

ANÓNIMO

Rodrigo.—Parece que habéis respondido un gran **adefesio** y disparate.

Osorio.—Pues, aunque lo parece, no lo es, que a su provecho ha hablado el señor Mendoza.

Diálogos de John Minsheu, 1599.



DRAE

Para encontrar la primera referencia académica al término *adefesio* hay que remontarse al *Diccionario de autoridades* de 1770, donde se define como «despropósito, disparate». Ya en la edición de 1853 se añade el comentario «Suele llamarse así a la persona ridícula o extravagantemente vestida», que en 1869 pasó a constituir una acepción independiente, y por fin en 1884 se añadió una tercera acepción referida a la prenda de vestir de las mismas características..

RAMÓN MARÍA DEL VALLE INCLÁN

En la austera soledad penibética, era un **adefesio** anacrónico, aquel vejete de chistera gris, guantes anaranjados [...].

La corte de los milagros, 1927-1931.

adelfa

El nombre de este hermoso —aunque venenoso— arbusto, muy presente en toda el área Mediterránea, se documenta ya en español a mediados del siglo XIII. Deriva del árabe andalusí *addifla*, que a su vez procede del árabe clásico *diflā*. Su origen, sin embargo, hay que buscarlo más lejos: en el término griego *dáphnē*, ‘laurel’ (derivado del latín *laurus*).

En la mitología griega, el laurel es el árbol sagrado de Apolo y, también, el símbolo de su amor desdichado. La historia de Apolo y Dafne ha servido de inspiración a numerosos artistas desde la Antigüedad. Todo comienza cuando

el dios, bajo el influjo de Eros —urdidor, como venganza por las burlas de Apolo, de esta pequeña tragedia—, cae rendido ante la belleza de la ninfa. Pero Eros, que ha llevado la pasión al corazón de Apolo con una flecha de oro, ha sembrado el desprecio y el desdén por el dios en el corazón de Dafne con una flecha de plomo. Ante el acoso de Apolo, la ninfa huye y, en su desesperación, solicita ayuda a su padre, el dios-río Peneo, quien la metamorfosea en laurel. El único consuelo de Apolo será emplear sus poderes concediendo al arbusto la eterna juventud que lo mantendrá siempre verde.

DRAE

El término *adelfa* se recoge en el *Diccionario de autoridades* de 1726 con una definición cuyas primeras líneas proporcionan alguna pista sobre su origen y relación con el laurel y, por vía etimológica, con el mito de Dafne: «Planta bien conocida, que produce las hojas parecidas al laurel...».

MIGUEL DE CERVANTES

Que cuando el alma se encarga
De alguna amorosa carga,
A su gusto es cualquier cosa
Composición venenosa
Con jugo de **adelfa** amarga.

La Galatea, 1585.

ALONSO ZAMORA VICENTE

Y todos escuchan admirados las virtudes
del ruibarbo, de la ruda, de la mejorana,
y de la celidonia, y de la matalahúva, de
la **adelfa** seca, del polvo de adormideras
con azúcar cande.

A traque barraque, 1972.